

Bajo  
tierra  
seca

César  
Pérez  
Gellida

Premio Nadal de Novela 2024

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1630

# Primera parte

Llegarás primero a las sirenas, que encantan a cuantos hombres van a su encuentro. Aquel que imprudentemente se acerca a ellas y oye su voz, ya no vuelve a ver a su esposa ni a sus hijos rodeándole, llenos de júbilo, cuando torna a su hogar.

*Odisea,*  
HOMERO

# El hombre de la cicatriz

*Estación de ferrocarril de Zafra  
Provincia de Badajoz  
17 de abril de 1917, a las 9.56*

Lo intenta, pero no logra que desaparezcan esos chillidos que se reproducen dentro de su cabeza. Tan agudos, tan estridentes, tan desesperados.

Le atormentan.

El hombre de la cicatriz en el rostro hace todo lo posible para no escucharlos, pero los oye como si fueran parte de su banda sonora vital. Tiene asumido que esos gritos le van a perseguir hasta el fin de sus días y, a pesar de ello, lo que le empuja a pensar que le convendría arrojarse a las vías del tren no es eso. Es tener la certeza de que si ella se lo pidiera de nuevo, volvería a hacerlo sin dudarlo.

Volvería a matar a sangre fría.

Volvería a desmembrar un cuerpo.

Volvería a alimentar a los marranos con su carne.

Como un animal salvaje enjaulado, el hombre de la cicatriz en el rostro camina de un lado a otro sin levantar la mirada de las desgastadas puntas de sus zapatos. Un mono azul de faena abierto hasta el pecho sobre una camiseta de tirantes que un día fue blanca y una gorra de obrero estajanovista completan su atuendo. Tanto de su aspecto como de su complejión física podría decirse que,

si bien en sus años mozos podía presumir de ser un tipo apuesto, hoy día no hay mujer en edad de merecer que se fije en él.

Al margen de su alterado comportamiento y de la crispación que se ha apoderado de sus músculos faciales, ninguna de las personas con las que se cruza en ese andén sospecharía que Jacinto Padilla es un tipo peligroso. Ninguna excepto el guardia civil Pedro Lobato, a quien todos en el cuartel conocen como «Lobito» por su actitud arrogante, conducta que para nada se corresponde con sus seráficas facciones. No son, sin embargo, su vestimenta ni el feo surco que le cruza la mejilla izquierda de norte a sur lo que llama la atención del guardia. Tampoco su frenético ir y venir, más propio de un padre primerizo que de alguien que aguarda la llegada del tren. Es la bolsa de viaje que carga lo que le ha hecho fruncir el ceño y dar un leve codazo a su barbarrucio compañero, el cabo Aguado, quien, distraído en otros menesteres más mundanos —como alegrarse la mañana con las viajeras más atrevidas en el vestir—, chasquea la lengua en señal de protesta.

—¿Y ahora qué mosca te ha picado, muchacho?

—Aquel —le señala con un fugaz movimiento de cabeza—. Eso que lleva no es suyo.

El otro entorna los ojos para mejorar el enfoque.

—¿El obrero?

—Sí.

A Román Aguado le fastidia tener que darle la razón a su inexperto camarada, pero, tras unos segundos de observación, resuelve que, tanto por su apariencia como por el argumento que esgrime Lobito, se requiere una intervención.

—Sígueme —le ordena colgándose al hombro la Remington, una carabina que, igual que él, cuenta con más de veinte años de servicio.

Padilla se sobresalta cuando Aguado posa la mano en su hombro.

—Buen día, caballero, ¿adónde se dirige?

El interpelado los mira con notable desdén antes de contestar.

—Estoy esperando a alguien.

—¿A quién?, si puede saberse.

—No es asunto suyo —zanja, arisco.

Lobito, en la retaguardia, da un paso al frente, pero es Aguado quien le cierra el paso con su oronda humanidad, y se mesa el mostacho nunca recortado.

—Mal empezamos. Documentación.

Contrariado, el hombre de la cicatriz en el rostro busca su cédula personal en el bolsillo trasero del pantalón sin soltar la bolsa, detalle que no se les escapa a los guardias. El cabo Aguado consiente que sea Lobito quien la compruebe, como si él no estuviera para tareas menores.

—Padilla Sánchez, Jacinto. De Baena, ¿eh? ¿Y qué hace tan lejos de casa en este día tan soleado? —indaga Lobito.

—Trabajo por aquí.

—Dónde.

—Por aquí cerca.

Tirando de veteranía, Aguado le golpea en el pecho con el dorso de la mano.

—¡Déjese de misterios de una vez! ¡¿Dónde demonios trabaja?!

—¡Soy el capataz de la hacienda Monterro...!

Jacinto Padilla no termina la frase. Los guardias se miran al oír el nombre que está en boca de todos después del incendio que la madrugada anterior ha devastado una de las propiedades más conocidas de la comarca, y no por su extensión o riqueza, sino por quién está al frente de ella.

Román Aguado es el primero en reaccionar alargando el brazo con la intención de agarrar al sospechoso de la solapa, pero este responde con un rápido puñetazo antes de lanzarse a las vías y cruzarlas bajo la atónita mira-